

QUINTO PINO

REVISTA DEL TALLER LITERARIO DEL CENTRO DE LA MUJER

Manzanares - NÚMERO 1 - Primavera 2012



QP





Q U I N T O P I N O

REVISTA del TALLER LITERARIO del CENTRO DE LA MUJER
MANZANARES, CIUDAD REAL

Dirección:

María José Maeso

Colaboraciones:

Integrantes del Taller

Maquetación, diseño y edición:

María José Maeso

Impresión:

Artes Gráficas GARCIMAR

Patrocina:

CENTRO DE LA MUJER
CONCEJALÍA DE SERVICIOS SOCIALES
centromujer@manzanares.es

a modo de PRESENTACIÓN

Escribir es ser otro en el espacio vivo de la creación, o como decía Edmond Jabés, “es enfrentarse a un rostro desconocido”. Las palabras nos unen y nos completan. La escritura, como ejercicio de la percepción, como desencadenante de una experiencia de conocimiento -propio y ajeno- nos desvela lo real. Y la literatura sirve para contarlo. Es llave para entrar en el núcleo de los sucesos no escritos todavía. Narrativa y poesía, dos ojos pero una sola mirada.

Desde el principio el ser humano ha sentido la necesidad de contar. De esta necesidad, de ese anhelo nacen los talleres de creación literaria. Un taller literario es, por tanto, una fábrica de textos donde se combina la materia prima -las palabras- en infinitas variaciones. También es un lugar inexplorado, un territorio para la libertad: en un texto todo es posible y en la realidad todo es texto o, quizás, es susceptible de convertirse en texto. Y la creatividad, la imaginación, pueden llevarnos a cualquier lugar, pueden trasladarnos -quién sabe- muy, muy lejos, al... QUINTO PINO.

En este camino de palabras hace ya varios años que el Taller Literario del Centro de la Mujer comenzó su andadura. Esta revista nace ahora con la finalidad de dar a conocer una selección de los mejores trabajos de curso de las personas que componen este taller.

María José Maeso, coordinadora del Taller Literario

PARTICIPANTES

JOAQUINA ALISES. *“He abierto mi caja de los truenos para hacer desaparecer los nubarrones a través de la escritura. Pienso que se ha ensanchado mi horizonte y se han abierto mis fronteras”.*

CANDELARIA DÍAZ. *“Yo soy... Los demás son los que me conocen. ¿Les preguntarás a ellos un día de estos? Sobre el immaculado tapiz de la vida, pinto paisajes y besos. Escribo y encharco mi alma, aunque solo sea el agua derramada de un vaso”.*

TERESA GONZÁLEZ-NICOLÁS. *“Aquel huracán cerró de un golpe las puertas y un soplo de aire puro me abrió la ventana de la ternura. El ocaso me descubrió una nueva ilusión, la poesía”.*

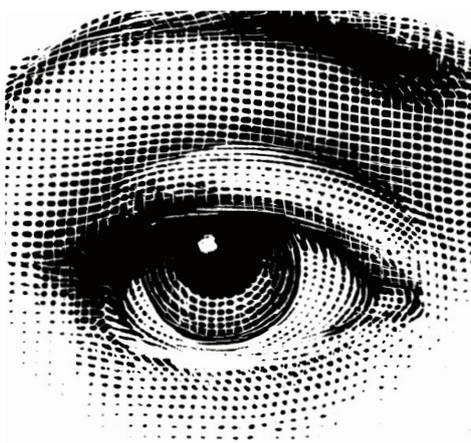
NIEVES LÓPEZ. *“Si te ríes al terminar la lectura será bueno para el mundo, pues, como dice un proverbio escocés, la sonrisa cuesta menos que la electricidad y da más luz”.*

JOAQUINA MUÑOZ. *“Observadora de las maravillas de la vida guardadas en el ámbar de la memoria selectiva. Aficionada a la lectura, bálsamo para mis horas bajas, y a rellenar papeles así: aguaceros sobre las mejillas, profunda erosión de ríos caudalosos que dejaron muescas de dolor entre dos aguas”.*

MARIANA RODRIGUEZ. *“Páginas baldías se agrupaban a mí alrededor demandando una nueva siembra. Espigando por entre el rastrojo de mi pasado y el cultivo de mi futuro, las ideas empiezan a germinar a la espera de que en un mañana, no lejano, pueda recoger una buena cosecha”.*

VIRTUDES TORRES. *“Imagina un cofre. Así es nuestra imaginación. No sabemos que tesoros guarda hasta que no lo abrimos”.*

LUISA VILLAR. *“Escribir es dibujar las emociones y pensamientos, para después con la lectura desdibujar con el baile de palabras historias inimaginables. Es mi refugio en la vida. Es lanzar al viento la existencia de ser”.*





ERES TU RECUERDO

Si somos lo que recordamos, si somos memoria y la memoria nos conforma desde nuestra infancia, la propuesta es evocar el sonido, el olor y el sabor de nuestros recuerdos.

LOS AROMAS

Naturalmente que todos guardamos como tesoros en tarros imaginarios aquellos aromas de la infancia, unos gratos, otros indiferentes. El olor a jabón casero y polvos blancos del día de la colada, el aroma de la lumbre donde se asaban las patatas.

Recuerdo los sábados en los que, para que no incordiáramos, nos mandaban a jugar. Era el día en que se cocía el pan y, cerca de mediodía, aunque no me llamasen, allí me presentaba. Compartían el horno mi madre y mi tía, y al entrar por la puerta se percibía un olor a leña de monte que utilizaban para encenderlo y aromatizarlo. Con un poco de suerte si había un resto de masa me alcanzaba para un panecillo, que degustaba con deleite, pues era el único día que se comía pan tierno, el resto de la semana tenía la misma fecha de caducidad.

No quiero olvidarme del olor a mosto y su fermentación. Mis padres, junto con mis tíos, tenían una pequeña bodega donde se elaboraba el vino; cuando tenía que llevarles la comida pasaba al jaraíz, y ese aroma me atraía, me daban a probar el mosto, pero solo pensar que estaban descalzos, no me apetecía. El fuerte trabajo les producía sudor, ya que todas las máquinas eran manuales. Quería bajar a la bodega, pero era terreno prohibido, la fermentación emanaba unos gases que podrían ser peligrosos.

En casa teníamos un sótano donde se guardaban las patatas del año y el agua de beber. Los muros desprendían un olor a raíces, que se dejaban ver en las paredes vírgenes, un aroma a salitre, y formaban unas pequeñas bolas cristalinas que caían al suelo como si fuese nieve. Pero cuando de noche me tocaba llenar el botijo, bajaba corriendo, no me entretenía en esas pequeñas cosas, en la parte más oscura del sótano habitaba un fantasma, que seguro se alimentaba de algún ratón que otro y, cuando subía la escalera, me quería coger el pie, corriendo cerraba la puerta con el consiguiente susto.

La vida está llena de aromas, el del amor de la abuela, las manos de mi padre oliendo a carbón cuando me cogía de las mías para llevarme de paseo, las de mi madre, rojas del jabón y la potasa que se usaba para lavar, y tantos y tantos que son eslabones de la cadena de la vida.

Teresa González-Nicolás

¿A QUÉ HUELEN LOS RECUERDOS?

Hoy, los olores son los soportes de mis recuerdos, sin ellos estarían a merced del viento. Olores sutiles que transmiten sentimientos envasados al vacío del tiempo. ¿Cómo ordenarlos? ¡No puedo!, se me agolpan y se escapan.

Al revolver las fragancias casi me he mareado, quiero sacar algunas de mi infancia. Tierra mojada de tormenta de verano que impregnaba los frunces de mi pequeña falda. Vecinas asustadas rezando, perfumadas con colonia barata y ropa lavada con jabón Lagarto. Esmalte de uñas... Fragancia a camisas planchadas encima de la manta con trapo blanco sobre la tabla.

Aún recuerdo ese olor a pan recién hecho en horno de leña y a leche hervida en la lumbre de mi abuela en puchero panzón de barro, encima de las trébedes de hierro. Esencias que cuentan historias, destilan coreografías y rezuman dulzura. Y cómo no recordar el olor de las velas en la iglesia en mi primera comunión y el vestido blanco, a las flores de María, la Virgen, en el mes de Mayo. La esencia de los cuentos, guardados con esmero en cajas de zapatos, del Capitán Trueno.

(También tengo en la pituitaria olores negros)

Olor a cabás abierto (plumier de madera, lapiceros y goma de borrar) y cómo olía el frío del invierno. Aroma de plantas regadas en el patio. Incipiente adolescencia, olor y sabor a sangre de cebada fresca en un bar de la plaza.

Desván empolvado que envuelve en naftalina recuerdos olvidados en papeles rancios con lazos de seda desmayados.

Joaquina Muñoz



ESAS HISTORIAS

Historias de todo tipo. Historias mínimas de grandes personajes, grandes historias de seres pequeños. Relatos para reír o para llorar. Relatos terribles. Las historias de siempre. Se trata también de homenajear a grandes autores de la Literatura Universal.



Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo. Los mismos cueros tenemos todos los mortales al nacer y sin embargo, cuando vamos creciendo, el destino se complace en variarnos como si fuésemos de cera y en destinarnos por sendas diferentes al mismo fin: la muerte.

La familia de Pascual Duarte, Camilo José Cela

PASCUAL

Yo no he de ser quien juzgue mis andanzas, para eso están los letrados y un Dios justo que a cada uno da lo que se merece, pero esto a mí me hace dudar, porque no fui tan malo en la vida para tener que pagar tan alto precio. Pienso que solo por ser tan desgraciado, que todo lo malo estaba reservado para mí, ya tenía mi castigo.

Lola se fue distanciando de mí, era fría y poco dada a las carantoñas, parecía una gata en un tejado, habíamos perdido los hijos y se diría que yo tuve la culpa. Un día regresé de la taberna con alcohol para encender un quinqué, la quise cortejar y me despreció, fue como un golpe en bien sabido sitio, no supe reaccionar y a punto estuve de cruzarle la cara, no pensé lo que decía y la culpé de la pérdida de nuestros hijos, creo que eso es lo último que se le puede decir a una madre.

Al día siguiente me llamó alegando que tenía que decirme algo muy importante: deseo separarme de ti; no entendía y me lo repitió: me voy de casa, tú lo has querido. Cada vez que recuerdo aquello, la sangre me infla las sienes y entorpece mi garganta. Salí de la casa sin rumbo, anduve horas y horas, mi honor estaba por los suelos, sucio, como no pensé jamás que alguien me lo pudiera manchar, y provenía de mi propia esposa, ¿sería que tenía algún amante?, esto terminaba de desatar mi furia.

Después de toda la noche pensé regresar, ya no me importaba nada, de lo que sí estaba seguro es de que la mataría, nadie pondría en duda mi hombría, me brotó sangre por los ojos, llegué a mi casa y encontré que nadie me abrió, tiré la puerta y no estaba mi esposa, las ideas se fueron sucediendo, seguro que marchó con el amante, salí como una fiera que han marcado con hierro candente, recorrí el pueblo, sin señales de vida, nadie la vio, ni sola ni acompañada.

Era ya bien entrado el día, cuando cansado y rabioso no sabía donde dirigir mis pasos. Una fuerza mayor me empujó hacia el cementerio, entré para ver a mi hijo y fue un gran impacto, allí estaba, tendida en el suelo con sangre por todos sitios, como si fuese un cordero degollado, la incorporé y no tenía luz en los ojos ni terciopelo en las mejillas, su cuerpo era como un espantapájaros. Empecé a gritar y a mis súplicas llegó en un momento el enterrador, el cuál sin mediar palabra se dirigió al cuartelillo. En mi aturdimiento no alcancé a pensar en las consecuencias, casi ni pude hablar, no podía demostrar que anduve de acá para allá toda la noche, como el lobo que espera el descuido de las ovejas para saltar al redil.

Tenía fama de pendenciero y matón, lo cual abogaba en mi contra, me acusaban de apuñalar a un rival, de matar a mi yegua y algunas cosas más. Sin defensa posible me veo entre rejas, y a Dios pongo por testigo que soy inocente.

Pronto saldré libre y yo me pregunto, ¿para qué quiero la libertad si ya nadie me ofrecerá su mano? He pagado con sangre mi delito, que no fue tal.

Salida del penal, jueves.

Firmado: Pascual

Teresa González-Nicolás

...hallábase el patio siempre sucio; en su ángulo se levantaba un montón de trastos inservibles, cubierto de chapas de zinc; se veían telas puercas y tablas carcomidas, escombros, ladrillos, tejas y cestos; un revoltijo de mil diablos. Todas las tardes algunas vecinas lavaban en el patio, y cuando terminaban su faena vaciaban los lebrillos en el suelo, y los grandes charcos, al secarse, dejaban manchas blancas y regueros azules de agua de añil.

La busca, Pío Baroja

EL LEBRILLO

Mi abuela solía decir que recordaba esa sociedad de 1904 como un sueño dorado de la infancia; a pesar de la miseria, del hambre y de la poca cultura. Ella era una mujer limpia y aseada. Sin que nadie lo supiera bajaba al río una vez por semana cuando todo el mundo dormía la siesta y, dejándose solo las enaguas y el sostén, que eran de una tela recia y tirando a blanco, se sumergía en el agua. Por entonces tenía catorce años, y en los días que tenía la menstruación el agua se tornaba de un color más oscuro a su alrededor. ¿Se debía volver loca...?, se preguntaba para sus adentros. Pero ella se sentía limpia y perfumada cuando salía del río. El romero, tomillo y hierbabuena habían aromatizado su piel.

Mi abuela tuvo ocho hijos, cuatro varones y cuatro hembras, todos salieron adelante. Los amamantó hasta los tres años. Contaba mi abuela (con la sonrisa en los labios) que su madre le hacía caldo de gallina y le compraba sardinas saladas que producían mucha y buena leche. Se había casado con el mejor mozo del pueblo: tenía tierras, un carro, un par de mulas y un arado. En tiempo del frío invernal, cerca casi de la navidad, mis abuelos mataban al cerdo, o sea, se hacía la matanza. Mi tío Genaro, el menor de los ocho, que fue pintor, pintó en más de una ocasión los quehaceres de tal acontecimiento. El pobre cerdo colgaba de las patas y abierto en canal, vaciado ya de todos sus órganos y preparado para ser descuartizado. Mi madre, que aún era pequeña, se acurrucaba en un rincón de la casa llorando por el pobre cerdo. Lo había visto crecer en la engordadura. En esos meses había jugado con él, y hasta le ponía algún nombre. Por eso no quería comer chorizos, ni morcillas ni careta. Pero lo que no podía perdonar era el jamón que colgaba en su secado en las cuerdas cerca de la chimenea del hogar familiar. Cuando mi abuelo cortaba un plato, y lo colocaba encima de la mesa para cenar, era irresistible. Si no cogía un trozo a tiempo desaparecía en segundos. Se prometía a sí misma que al próximo cerdo no le cogería cariño. Pero se le olvidaba cuando el animal llegaba a casa tan pequeño y blanquito en los brazos de su padre, lo veía indefenso ante el verdugo. Lo protegía con su amor engañándose en que con eso le salvaría la vida. Con el tiempo se dio cuenta de que era cuestión de supervivencia.

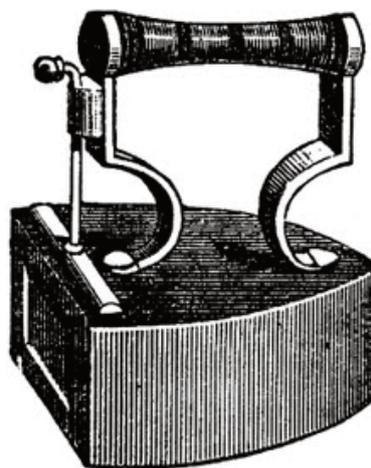
En la matanza del cerdo se invitaba a todos los vecinos de la calle, con el fin, eso sí, de que ayudasen en la labor. Llegaban las mujeres con los lebrillos que tenían en sus casas, pues cuantos más mejor. Se troceaban carnes, cebollas, y se amasaban para pasarlo a la máquina de hacer embutido. Las tripas colgaban de la boca y se llenaba de carne pimentada y encebollada. Todas las mujeres trabajaban y ataban las tripas con cuerda de bramante. Mi abuelo, poco antes de la comida, preparaba un zurra en uno de los lebrillos para todos los comensales.

A otro día mi abuela, después de recoger todo, se marchaba al río a la hora de la siesta y se bañaba en el agua fría del invierno. Quizás por ello tenía esa piel tan firme y apenas sin arrugas, a pesar de la edad.

Ha pasado mucho tiempo desde que mi abuela vivió todas estas experiencias que después nos ha ido contando a los nietos. La recuerdo como a una mujer elegante y atractiva. Lucía su figura erguida, y hermosa, y su piel, su piel..., envidiada por mí la primera. En una ocasión me dijo que el mejor producto de belleza que hay es bañarse con agua fría. Ella lo sabía muy bien.

En mi casa, en la cocina campera, están colgados en las paredes los cuadros pintados por mi tío de la matanza del cerdo y adornos de utensilios de la época. Los lebrillos, aquellos que tanto hicieron por el estado de bienestar de mis antepasados, descansan, como adornos valiosos por miedo a romperse. Mi madre que ya es muy mayor, los limpia con sumo cuidado. ¿Podré yo seguir cuidando este valioso tesoro de mis antepasados y testigo de su supervivencia?

Luisa Villar



BOX-IRON

SUPERABUELOS

3.00 de la tarde. “*Ajuntaos*” es el nombre del bar donde todas las tardes los cuatro jubilados del pueblo juegan su partida de cartas. Florencio, el dueño, les prepara el café. Juan lo toma con hielo, Tomás y Fermín con un poquito de leche y Lucio toma un carajillo. Todas las mañanas y todas las tardes son calca de las mañanas y tardes anteriores y no parece asomar la mínima impresión de que vayan a ser distintos los días venideros. En el pequeño pueblo de poco más de cuarenta habitantes suceden pocas novedades.

3.30 de la tarde. La carretera que se vislumbra desde el pueblo lleva hoy más tráfico que de costumbre. Uno de esos automóviles deja el asfalto y se adentra por el camino de tierra que llega hasta la plaza del pueblo. Para en el bar y sus ocupantes se dirigen a la barra. Son dos hombres malencarados y dos mujeres con ropas ceñidas y demasiado pintadas.

La partida de los jubilados cesa. La colilla de cigarro seco y apagado que pende siempre de la boca de Tomás queda como el equilibrista del circo cuando cuelga de su pie, suspendida en el aire en una postura imposible.

Los forasteros toman café, los hombres además una copa de coñac, ellas piden un helado y comienzan a saborearlo coqueteando insinuantes ante los jugadores que no aciertan a juntar los labios. Los forasteros pagan y salen del bar. Los ven alejarse andando hacia la ermita que está a poco más de quinientos metros. Es entonces cuando los comentarios empiezan a brotar.

-¿Habéis visto? Esos son ladrones, sin duda, y ellas...ellas...

-Ellas ¿qué? bien hermosas y bien macizas que están.

-Si no digo que no estén hermosas. Todavía no estoy ciego, lo que digo es que tienen una pinta...

Y ellos parecen de la mafia.

-Bueno señores dejemos el cotilleo para las cotillas que seguro están tras los cristales y no se pierden prenda y sigamos la partida –dando con los nudillos en la mesa-¡Canto las cuarenta!

Refunfuñando y con algún comentario hacía los forasteros, siguen con su partida. Al rato los ven regresar al coche. Lo ponen en marcha y se van.

4.00 de la tarde. La taza del café hace rato que ha desaparecido cediendo el puesto a una copa de anís.

-Sólo un culín -les dice Florencio- hoy invita la casa.

-¡Vaya! ¿Es que te has puesto malo?

-No, es que hoy es mi cumpleaños.

-¿Y cuántos cumpleaños?

El camarero va a contestar cuando entra don Simón agitado y con resuello.

-¿Qué le pasa, padre?

-¡Ay, dame un vaso de agua! ¡Ay, qué desgracia! -después de beberlo de un trago y respirar a fondo don Simón habla- ¡Un robo!, nos han robado en la ermita.

-¿Han robado en la ermita?

-Eso me temo.

-¿Y qué han robao, los bancos? Porque la ermita no tié ná de valor ¿o sí?

-El cáliz. Han robado el cáliz. No está en el Sagrario. Estaba preparando la misa de mañana, he abierto el Sagrario para llenar el cáliz y... y no está, ha desaparecido

- Y ¿no lo habrá dejao en otro sitio?, mire don Simón que las cabezas ya no están...

-¿Dónde lo voy a dejar? Después de dar la comunión y delante de las feligresas guardo el cáliz en el Sagrario hasta el día siguiente que lo lleno con la hostia consagrada. Y hoy no está...

-¿Y tié mucho valor el copón?

-Está bañado en oro. Pero su valor está en la antigüedad y el origen. Es una pieza única del Medievo.

-¿No habrán sido los forasteros? Si ya decía yo que tenían mala pinta...

-¿Nos vas a hacer creer que han venido desde Dios sabe dónde a robar una copa?

- Pué tener razón. Tenemos que ir en su busca.

-¿Pero dónde vais cuatro viejos y un cura más viejo aún?

-Yo a por mí furgoneta. Nos vemos en la plaza. No tien que estar lejos.

4.30 de la tarde. Mientras Fermín va a por la furgoneta los otros salen corriendo, más con la intención que con los pies, y otean por las cuatro calles que desembocan en la plaza a ver si encuentran indicios que les digan dónde están los forasteros. Don Simón, acompañado de Lucio, entra a la ermita por la puerta de la sacristía. Allí, junto a la ventana que da al patio, por la que entra la claridad, una mujer hace punto. Es Elvira, hermana del cura. La mujer, algo sorda del oído izquierdo y totalmente del derecho, está enfrascada en su labor, nota movimiento y mira un poco asustada. Respira aliviada al ver a su hermano y se sorprende al ver al acompañante, pero no da más importancia y sigue tejiendo. El jersey que teje hace años lo empezó y siempre está haciendo y deshaciendo la misma manga, pues unas veces le sale mayor y otras menor que la manga ya terminada.

El cura y Lucio están en el altar buscando huellas. Lucio es adicto a las novelas detectivescas y se acerca al Sagrario para ver si ha sido forzada la cerradura. Pero todo está en orden, no hay nada fuera de lugar (es un decir, porque fuera de lugar está la copa). En la calle suena el claxon del furgón que espera. Lucio se despide del cura y sale al encuentro de sus compañeros. Los pocos metros que circundan el pueblo son recorridos por dos veces.

5.00 de la tarde. Tras unos pinos ven aparcado el coche de los forasteros. Los amigos bajan del furgón y recorren andando los metros que los separan. Allí durmiendo a la sombra de los árboles están las mujeres. Fermín y Juan llevan la manta que el primero guarda en la furgoneta para tapar los perros cuando sale de caza. En silencio, se acercan y la arrojan sobre las durmientes. Las mujeres empiezan a chillar pero Tomás, que se ha puesto al volante, llega con el vehículo y en pocos segundos son cargadas y desaparecen a todo gas. Llegan hasta la casilla de labor que Tomás tiene a las afueras del pueblo. Allí las mujeres son interrogadas. Antes han sido atadas de manos y pies de forma rudimentaria. Lucio en su calidad de detective privado comienza el interrogatorio.

5.30 de la tarde. Los forasteros llegan hasta el coche y comienzan a llamar a las mujeres. Las buscan por los alrededores pero no las encuentran. El que parece ser el jefe, un tanto amoscado, decide marcharse y abandonarlas a su suerte.

-¿Y si han vuelto al pueblo?- pregunta el otro.

-Está bien, iremos al pueblo, total son cuatro calles. Pero como no estén nos vamos. ¡Allá ellas!

Así lo hacen y cuando entran en el bar para preguntar, Florencio, el camarero, que los ha visto bajar del coche los está esperando con un palo. El primero en entrar es recibido con un golpe en el estómago que le hace caer al suelo retorciéndose de dolor. Con una rapidez inusual el otro hombre también es abatido. Antes de que se den cuenta de lo que pasa, Florencio los sienta en unas sillas y los ata espalda contra espalda. Respira hondo. Descuelga el teléfono y marca.

-Llamo del “Ajuntaos”. Dile a tu jefe que mande una patrulla, tenemos unos ladrones.

La furgoneta de Fermín llega en ese momento hasta la puerta del bar. Los cuatro hombres en grupos de dos entran con las mujeres atadas y amordazadas.

-¿Han cantado ya?, pregunta Juan. Estas dicen que sólo les acompañaban. Que no saben nada.

-Yo he llamado a la policía. Va a venir una patrulla- responde Florencio.

Vuelve don Simón con el cáliz en la mano.

-¡Lo tengo, por fin lo he encontrado! ¡Mirad que maravilla!

Todos le miran con asombro y sorpresa. El cura también está asombrado, pero de ver a los hombres y a las mujeres de aquella guisa.

-Mire que le dije que las cabezas ya no están como deben.

-No he sido yo, ha sido Elvira. Dice que lo había sacado del Sagrario porque le dejó siempre las huellas de los dedos y lo tenía en la cocina, en el lavavajillas.

-¿Y ahora qué hacemos con estos?- Todos se miran y quedan pensativos. Llega la Policía.

6.00 de la tarde. Pasa el sargento de policía junto con el cabo. Al ver el panorama quedan como petrificados. El sargento coge su walkie talkie y habla:

-Envíen otra patrulla al “Ajuntaos”. Tenemos al “Copón” y al “Cáliz” y a las dos *pilinguis* que les ayudan en sus fechorías. Corto. Ya teníamos ganas de echaros el guante. Y ustedes –dirigiéndose a los ancianos- de ahora en adelante sigan con su partida y dejen los asuntos policiales a los profesionales, aunque han demostrado tener más valor que el Tato. Mi enhorabuena.



Virtudes Torres

LOS CASCABELES DE LA LLUVIA

Despacio y cabizbaja pasaba las horas de su vida, Teresa hacía mucho tiempo que ya no sonreía, había dejado de vivir... Se había dado cuenta de que el cuerpo puede seguir viviendo pero, en realidad, estar el alma muerta. Su marido sentado a su lado en la pequeña silla de enea la miraba fijamente. Había perdido la esperanza de que algún día pudiera enamorarse de él. Y eso le dolía profundamente. En su interior anhelaba una venganza. Como si al amor, al sentimiento, se le pudiese obligar. Pero Cosme era un hombre rudo y recio de la antigua llanura manchega. Un hombre formado a pie de azada y escopeta al hombro, un hombre de campo cuando la tierra era fértil, y cazador para tener algo que comer. Desde pequeño se había acostumbrado a convivir con el sufrimiento y la soledad, la historia le había endurecido los sentidos. El hambre y la pobreza le habían endurecido también el cerebro. Sólo pensaba para él, para sus adentros, como si en la sociedad no hubiese normas ni leyes para poder convivir, irrevocable en sus ideas. Si algo quería lo cogía -por las buenas o por las malas decía siempre a los demás. Y eso hizo con Teresa el día que se casó con ella. Ese día ella no tenía voluntad para elegir ni para nada, se encontraba dentro de un abismo desde el mismo momento en que mataron a Juan.

Empezó a llover con fuerza. Un poco antes el cielo se había cubierto de nubes oscuras en el pequeño pueblo manchego. La puerta de la calle estaba abierta, de algún modo la luz y el aire tenían que pasar a la pequeña casa, pobre en ventanas. No tardaron en formarse grandes surcos de agua como ríos que iban cruzando la embarrada calle. La tormenta de verano estaba durando más de lo acostumbrado. Normalmente descargaba en unos minutos y se alejaba del pueblo hacía otros lugares. Teresa se levantó de su silla sin decir nada y se acurrucó un poco más dentro de la casa, pero no cerró la puerta. A pesar de su ceguera avanzada por los años vislumbró en su marido una expresión en sus ojos que nunca había visto antes. Miraba intensamente las formas que el agua de lluvia hacía al caer en el suelo. Los cascabeles de la lluvia, susurró Cosme, sus pupilas parecían dilatarse. Ella misma experimentó que su visión se agudizaba con intensidad al contemplar la mirada del marido, como si una energía sobrenatural alumbrara todo el umbral sobre la oscuridad de la tormenta. Éste sonreía. La miró, blanco como la cera, parecía que la sangre del cuerpo se le hubiese detenido, y le dijo: ¿quieres que te cuente una historia?

Teresa un poco asustada, no llegó a contestarle. Cosme comenzó a hablar, morbosamente y con extraña expresión en las palabras, difícil de describir.

¿Te acuerdas de mi hermano Juan? -le preguntó-. Ella al escuchar ese nombre intentó paliar su dolor, era su dolor, y nunca había hablado con nadie de él. Ni siquiera con su marido. Pero con mucho sigilo agudizó sus sentidos, sintió una gran opresión en el pecho, pero se calmó cautelosamente. Sin embargo, percibió el peligro..., como si un lobo acechara a su presa. ¡Cómo no me voy a acordar!, contestó. Él volvió a sonreír diciéndole: lo mataron.

Hubo un silencio en el umbral que duró segundos escasos, pero una eternidad en el tiempo. Teresa respondió: sí, lo mataron en la guerra, ¿por qué...? Por qué, si no era enemigo de nadie..., ni a nadie odiaba. Cosme contestó: lo mataron por tí. Uno al lado del otro con las cabezas vueltas mirándose hablaban con la voz pesada de la edad, desmigajando una historia de cuarenta años atrás. ¿Por mí?, Teresa, casi aullando, se levantó de la silla. Sí, por tí, lo maté yo por tu amor, dijo Cosme sin levantar mucho la voz a pesar de los aullidos de su esposa. Ella se sentó de nuevo en la silla con las manos cubriéndole la cara.

-Era una noche oscura y fría a últimos del mes de marzo del 39 -siguió hablando Cosme-, tú pronto te ibas a casar con él. Y yo me moría de celos. Siempre te he querido con locura, pero tú nunca te has dado cuenta. Incluso después de muerto sigues queriéndolo a él más. La guerra ya había terminado -continuó- pero todos los días aparecían hombres muertos, uno más no importaba. Y tú quedarías libre para mí. Le esperé, él te había llevado a tu casa y venía hacía la casa de nuestros padres con la chaqueta cubriéndole la cabeza, llovía a cántaros... No me vio venir y le clavé el cuchillo en el corazón. Calló al suelo sangrante, y antes de morir me miró, miró al agua, y me dijo: los cascabeles de la lluvia serán testigos de mi muerte. Figúrate, cómo si el agua pudiese hablar. Lo quería muerto para siempre, ¡pero sé que nunca morirá...! Está en tu corazón y eso me hace sentir aún más celoso.

Teresa no dijo nada, era ya noche cerrada y se fue a la cama. Al poco rato Cosme también se acostó. La abrazó con sus brazos ardientes y triunfadores, ella estaba como un témpano. No pudo dormir nada. A la mañana siguiente Cosme se fue como tenía costumbre al bar del pueblo a tomarse su copa de coñac. Ella se arregló con las ropas que guardaba para su boda con Juan, todavía le quedaban bien, y salió en dirección al cuartelillo de la Guardia Civil. Lo denunció, denunció a su marido por haber matado a su novio. Nunca más lo volvió a ver, murió a los pocos años en la cárcel. Teresa siguió durante mucho tiempo sentada tranquilamente en el umbral de la puerta de su casa.

Luisa Villar



UNA VIDA DE PENAS

Esta es la historia de un pobre hombre al que perseguía la desgracia, a veces porque él mismo se la buscaba. Ya desde el principio de su vida lo acompañó la mala suerte, pues nació sietemesino. Su padre pensaba que no podría subir arriba, pero no fue así, creció sano y fuerte y, sin ser mal muchacho, les dio guerra, pues, por donde andaban, ya que por el trabajo del padre cambiaban a menudo de lugar, se buscaba amistades peligrosas. No quiso estudiar pero era buen trabajador y cuando fue mayor de edad se compró un coche que le duró poco, pues tuvo un accidente del cual quedó maltrecho, pero el coche quedó peor.

Su madre, una mujer fuerte donde las haya, se quejaba de las desgracias que les acontecían, porque además el padre, un hombre trabajador pero con poco seso, fracasaba en todos los negocios que emprendía, lo que los llevó a la ruina una y otra vez. ¡Pobre familia! las cosas les iban cada vez peor. Manolito, que así se llama nuestro personaje, por causa de las malas compañías se hizo drogadicto, volvió a tener más accidentes, y en cada uno de ellos se iba dejando pedazos de vida.

Pero como no hay mal ni bien que cien años dure, la vida dio un buen giro para ellos. Manolito dejó las drogas, las malas compañías y, en fin, lo que lo llevó al mal camino. Como tenía una minusvalía le concedieron una pensión. El padre parece ser que adquirió cordura, los negocios le iban bien y la madre se sentía favorecida, pues después de tanto penar por fin su vida parecía más tranquila y feliz.

Pasó el tiempo y nada sabía de esa familia, no veía a Don Manolito, yo lo llamaba así por su porte señorial, y un buen día me acerqué a su casa. Me recibió la madre toda llorosa contándome que ahora que parecía que las cosas les iban bien, va el niño y se coge una depresión fuerte con pensamientos suicidas.

Pasé a verlo y la verdad es que estaba hecho una piltrafa. Le di ánimos y le dije que la vida era hermosa y había que conservarla, y me contestó que no se la iba a quitar gracias al consejo de un amigo que vio en sueños a su abuelo en el más allá cargando fardos, que es lo que solía hacer en vida. Entonces pensó que, para seguir haciendo lo mismo, se quedaría en este mundo, pues aquí al menos tenía a sus padres que lo cuidaban, además de que ya estaba acostumbrado a pasarlo mal.

Y aquí termino este relato, porque quizá si lo prolongara más sería para seguir contando más penurias de esta familia a la que la mala suerte les perseguía.

Nieves López

FORTALEZA DEL PINAR

Anoche me quedé planchando hasta muy tarde, lo dejé porque se me cerraban los ojos. Aprovecho las horas de luz para coser, leer, escribir y cuando enciendo el candil hago cosas menos delicadas.

Cuando me metí entre las sabanas di gracias a Dios porque ahora tenía una cama donde dormir y una casa donde refugiarme de las inclemencias del tiempo. Al día siguiente me despertó el ruido de los restos de la vieja veleta, que hace décadas que perdió el norte. A veces el viento sopla fuerte y un concierto de gemidos y chirridos provoca golpes de ventanas y contraventanas, las puertas que a duras penas se sostienen por una bisagra oxidada me recuerdan que vivo en un pueblo abandonado. Casas en soledad, calles en silencio, chimeneas sin humo. Parece como si se hubiera parado el tiempo.

Entre sueños oí los cencerros del ganado de Horacio, que ya se encaminaba hacia el monte donde pastan sus ovejas. Horacio está viudo, cuida de su ganado, aparte de las ovejas tiene siete cabras que dan suficiente leche para todos nosotros, él nos da leche y a cambio le limpiamos la casa y lavamos su ropa. Este hombre es un bendito. Es de estatura medía, más bien gordito, está un poco triste, y entre todos intentamos animarlo. Es generoso y muy buena persona. La poca gente que habita en Fortaleza del Pinar, son acogedores y amables, cada día estoy más contenta de haber llegado a este lugar.

La pereza siempre me visita por las mañanas, hasta que pongo los pies en el suelo me cuesta lo suyo. Me levanté y abrí la ventana, unas pequeñas nubes se interponían delante del sol que, de un soplo, las desvió de su camino. Hoy tengo que plantar los tomates sin falta, porque enseguida pierden vida, ayer me trajeron los plantones Basilio y la Paca, son los que viven al lado de mi casa (un matrimonio muy unido, sus hijos viven en la ciudad, a veces vienen a hacerles una visita. En verano se quedan un mes) Me suena raro decir mi casa, cuando no pago alquiler, ni es mía en propiedad. Como solo llevo viviendo dos meses en Fortaleza del Pinar no he terminado aún de acomodarme.

Salí de mi casa un día sin rumbo fijo. No tenía familia ni trabajo. En una maleta metí algunas cosas y con el poco dinero que me quedaba eché a andar, compre un billete de autobús hasta donde me llevara el destino. Cuando llegué cerca de donde ahora vivo, la carretera estaba cortada, el conductor paró y me indicó que debía seguir a pie, faltaban unos cuatrocientos metros.

En este lugar calculé que habría una veintena de casas, casi todas derruidas. Al acercarme, un perro salió a mi encuentro, su dueño no tardó en asomarse a la puerta para ver quien llegaba.

-Ros, ven aquí – le dijo al perro y llamó a su mujer.

-Petra, sal. Y la Petra se asomó. Era una mujer alta y delgada, mostraba cara de sorpresa, el pañuelo que cubría su cabeza me llamo la atención, nunca hasta ahora había visto una señora de setenta años con un pañuelo amarillo con flores atado a la cabeza. Su rostro era de facciones dulces y su carácter agradable, enseguida comprendí lo del pañuelo, tenía sentido del humor, me cayó bien desde el primer momento.

Les conté lo que me ocurría y como había llegado a aquel lugar, donde Cristo perdió el gorro.

-¿No habrá un rincón donde pueda quedarme a vivir? Claro que sí, dijo el hombre. Me llamo Timoteo y soy el marido de la Petra.

-Encantada, soy Manuela.

-Bienvenida, aquí hace falta gente joven porque los que quedamos nos estamos haciendo mayores - dijo el hombre.

Timoteo poseía la figura de un campesino fuerte, de haberse dejado las fuerzas, el sudor y toda una vida trabajando la tierra detrás del arado y empuñando el azadón. En la cabeza llevaba una gorrilla que probablemente tapara su calva, pero seguro que le quedaría bien al descubrirla, su cara quemada por el viento y el sol exhibía su piel morena, su sonrisa mostraba unos dientes casi perfectos...

-Ven con nosotros, casi todas las casas están vacías, solo vivimos seis familias, así es que puedes quedarte en la que te guste y esté desocupada.

-¿Podéis ayudarme a elegir?

-¿Por qué no? Vamos a echar un vistazo. Hace años que no vive nadie en ellas, lo que hay dentro si te gusta puedes quedártelo.

Cuando cruzamos la calle las gallinas campaban a sus anchas, allí todos están en libertad, los gatos dormitaban perezosos mientras las cigarras daban su concierto.

La casa donde me acomodé es de planta baja, las fachadas de piedra las han hecho más resistentes al transcurso de los años. La casa tiene tres ventanas a la calle, la ventana de la cocina está a la izquierda de una gran chimenea. Las vistas son estupendas, desde ahí puedo ver la puesta de sol, (me parece muy romántico) Las ventanas y contraventanas son de madera maciza con cuarterones. El techo es artesonado de vigas gruesas y fuertes de madera y, a pesar de estar deshabitada varios años, sigue aguantando...He recuperado varios muebles que estoy restaurando con ayuda de los vecinos, todos se han ofrecido a ayudarme, no se como podré pagarles.

Pepe, que es un manitas, me ha ayudado a arreglar el tejado, que es lo que peor estaba de toda la casa. Pepe ronda los cuarenta, es algo rudo, pero muy trabajador y cariñoso, aquí todos lo queremos mucho. Se me olvida decir que tiene el pelo rizado y abundante, es un morenazo muy apañao, muchas de mi pueblo lo quisieran atrapar. Tiene unos ojazos grandes donde no se ven fronteras.

La abuela Asun es la mayor de todos los vecinos, viste falda larga y va de oscuro, se recoge el pelo con un moño y sus ojos todavía tienen un brillo especial, se le iluminan cuando mira a Simón, así es como se llama su marido, dice que sigue igual de enamorada. Hace más de sesenta años que están juntos y siguen siendo felices. Simón camina un poco encorvado pero se mantiene fuerte y alegre, se pone la boina desde por la mañana, da largos paseos cuando hace buen tiempo y ayuda a su mujer en lo que puede. Yo los llamo abuelos, los quiero mucho. Buscando en el baúl, Asun encontró unas sabanas que ya no usaba y unas mantas, me dijo que si las quería.

-Claro que sí, muchas gracias, con unas estampadas he hecho las cortinas de mi alcoba.

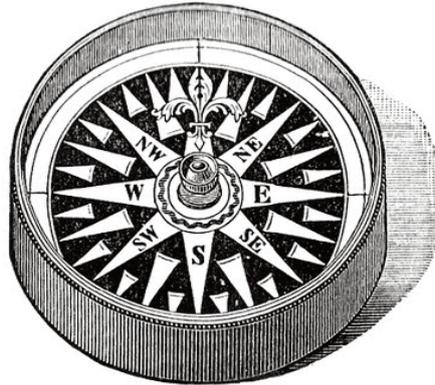
También me ha proporcionado utensilios de cocina. Dice que para los años que le quedan ya le sobra casi todo.

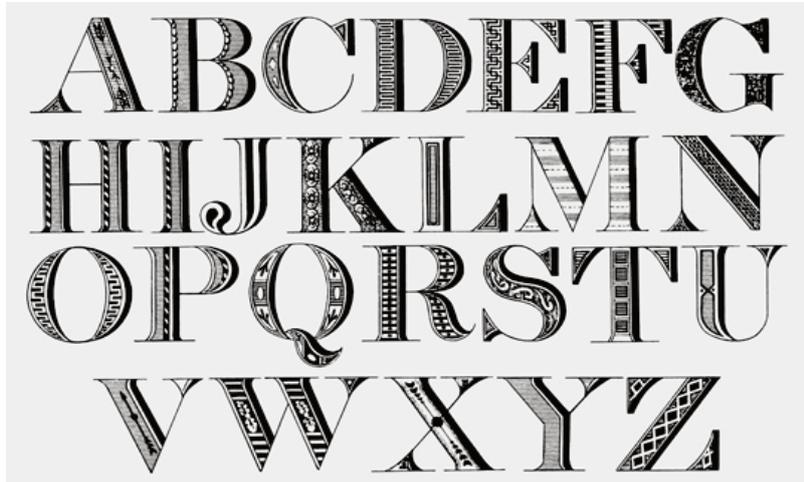
En la cocina campera he puesto unos visillos, estaban en una ventana de la casa de enfrente, están tan gastados que se pueden contar los hilos, son tan transparentes que puedo ver lo de fuera sin que me moleste el sol. Me encanta.

Cuando salgo a pasear por estos lugares parece que se hubiera parado el tiempo. El silbido del viento a veces parece el único compañero. El paisaje que se puede observar nos corta la respiración. El amplio valle se extiende como un mar de suaves colinas más allá de donde nos alcanza la vista.

Gracias a estas personas que conviven conmigo, los libros, cuadernos y lapiceros, lleno mi vida de paz, tranquilidad y salud. Os podría hablar también de Jacinta, la madre de Pepe, de Basilio y Raimunda pero lo voy a dejar para el próximo capítulo. Si no estás contento donde vives, ven con nosotros, Fortaleza del Pinar te espera. Mañana más...

Joaquina Alises





JUGAR CON LAS PALABRAS

Entramos en el Universo Oulipo, taller de literatura potencial, un mundo de experimentación literaria, combinaciones aleatorias, re-truécanos y mezclas fonéticas. La materia prima son las palabras: crear jugando, jugar creando. La primera regla de la creatividad es imponer una limitación formal que obliga a desarrollar otras salidas creativas.

Aquí tenemos algunos ejemplos de lipograma (texto en el que se omite sistemáticamente alguna vocal, o todas salvo una), tautograma (donde todas las palabras comienzan con la misma letra) y poesía condensada...

LIPOGRAMA CON A

Don Juan Tenorio

Danzad, danzad dama blanca,
danzad fantasmas, danzad.
Lanzad la mascara amarga,
la vana palabra, al mar.

Campanas cantan al alba
la daga clavada ya,
atrapa la flama al alma,
la arrastra hasta abrasar.

La dama blanca la alcanza,
la atrapa, la abraza más.
La dama blanca la ama
la ampara, halla la calma. La paz.

Mariana Rodríguez



TAUTOGRAMA DEL BUEN COMER

Cocinar es comodísimo cuando se cocina
para comensales con cordialidad.

Cuando cociné callos comieron en cabañas,
cuando cociné carrillada comieron en carretas,
cuando cociné caracoles confitados
comieron en el césped.

Cocinar es congeniar cuidado y cariño,
conexión condicional de cualquier conocimiento.
Si cocinas para cuidarte, comprenderás la conexión,
si cocinas para cuidar, la conexión será conectar.
Contagiar este contacto del cocinar consiste en construir
caminos comunes colectivos

Comed, comed, comed..., colegas.
Comprenderéis al coco. Y, claro, al corazón.

Luisa Villar

TAUTOGRAMA CON P

Pedro, Pocho, Pablo, Paul, Pepe, Pinilla paseaban por pérgolas perfumadas, plantíos poblados por plátanos, perales, pistachos... Paseaban, parlamentaban, porfiaban, perseveraban, poniendo pausas para poder plantar poleo, pepinos, pentotal, pimientos... Pedro pisó piedras policromadas, pedregal pesado. Percibió patochada por pie, pierna para perder pedazo pantalón pitillo, polaina pringosa.

Pocho pidió pisto, percebes, pulpo picante, picatostes, pato, pavo, pollo... Puso panzón. Pilló peritonitis poderosa. Pablo, personaje peregrino, poseía poemas, prosa, poesía, panorama perfecto para perfumar postres.

Pinilla preparaba perros premiados por participar. Pódium: primer premio pointer, podenco. Pastor ,pelo precioso, pequinés pequeño perfecto.

Pepe poseía pasión por poderes paranormales, pero procuraba pasar página pues podía peligrar posible puesto político.

Paul percibía peste pescado podrido. Pocilga plagada por pulgas, piojos, polillas... Pensó: penosa pachanga. Peor panorama ¡Paso! Pongo pijama, pantuflas, prendas para pernoctar placentero. Punto.

Virtudes Torres



TAUTOGRAMA CON A

Amanezco asombrado al alba
aportando alegre armonía.
Alfredo alzó al aire
aquella avecilla abandonada
abriendo alas, arriba.

Alicia acunó a Ana
al amanecer, adormilada.
Andrés ahora amaba a Adriana,
acogido al amor.

Al amparo asombroso
acertó Angelines
a arropar aromas
abalanzándose al arroyo.

Abetos auténticos,
aparentemente azulados,
ajenos a alguna ardilla,
apurán anohecidos
añorando apagar auroras.

Joaquina Alises

P O E S Í A CONDENSADA

No voy,
no van
ni doy
ni dan.

¿Me quieres?
Te quiero,
yo por ti
me muero.

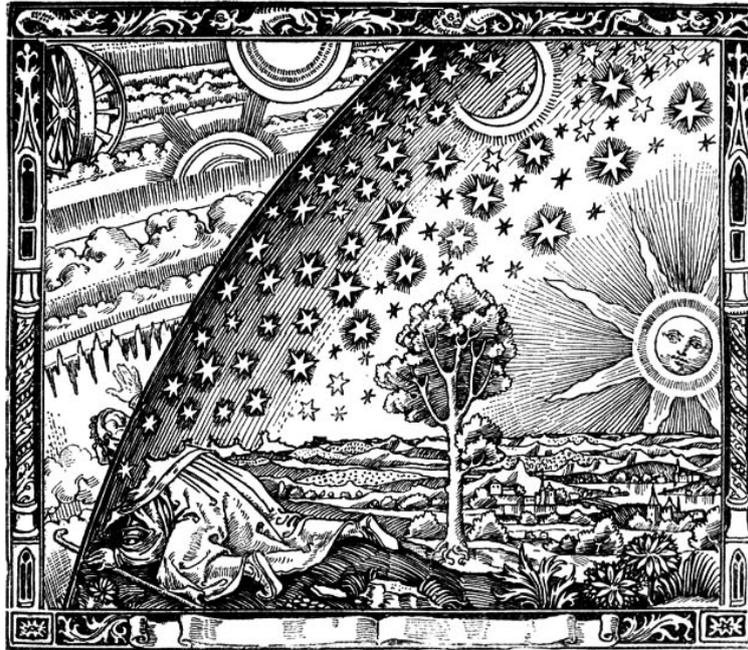
Negra sombra
va conmigo,
acompaña
mi destino.

Un león verde,
un gato rosa,
vaya que cosa.

Que risa me daba
cuando la veía
con ojos de gata
y nariz de arpía.

Es de blanca espuma,
esa hermosa niña
y también de brisa
y también de luna.

Nieves López



AUTOMATISMOS (IN)CONSCIENTES

Se trata de dejarse llevar, de empezar sin ataduras a practicar la creatividad a través de una técnica surrealista: la **escritura automática**, el fluir libre de la mano que escribe *sin demasiada* intromisión de la conciencia o la gramática.

El surrealismo consideraba que el ser humano había ido perdiendo las capacidades que le conectaban con la magia y el sueño y pretendió liberar el inconsciente creador y hacer que las imágenes oníricas impregnaran la vigilia cotidiana. Estos son algunos de los trabajos.

ENCUENTROS EN MIS ANDARES

Estaba allí tendido en el suelo entre la herrumbre del palmeral como una lámpara al viento parecía un Hércules momificado y mirífico debía tener una mazurca pues parecía que le habían dado una buena morrada sino hubiese sido porque yo estaba en la región cósmica con embriaguez de éxtasis quizá hubiera pensado que me habían hecho un trabajo mágico.

Ya lo dijo el astrónomo Erastótenes que para eso era poeta y algunas cosas más refiriéndose a Talía la musa de la comedia lo mejor en este mundo es ser eso una musa que para ser arpía siempre se está a tiempo. Cómo me emociono al recordar el día que le conocí con sus melenas leoninas y su mirar bisojo corrí con mis patas de gato con mucho pavor para alejarme de allí de aquel paraje yermo y hermoso que invitaba al reposo y a la huida. El viento y las ramas de los árboles peinaron mi cabellera enmarañada y al alejarme pensé que nunca más volvería a pisar aquel lugar pero no siempre se pueden cumplir las promesas, volveré, seguro que volveré y entonces....

Nieves López



CAMUFLAJE

Escalón natural donde asomarse al balcón de la vida donde van a confiar las miradas inconscientes de los ojos peregrinos sacados tras el escondite de una luna matriarcal un papel en blanco un immaculado espacio, la transparencia que aguarda el doloroso aullido de las palabras aún sin descubrir.

Mendiga libélula, cazador cazado en el lento fluir de unos dientes carnívoros, flor de mi salvaje paisaje guardado sin omisión en el recubierto desván empaquetado de hiedra a la derecha de mi sombra matutina, temprana rosa enamorada aguardando con dulce espera aprender morir metida en el bolsillo de tu vasallo más leal.

Mosquetero feliz cuna de mi profeta hoja de otoño tintero racional suspendido entre las zarzas del óxido que atrapa el tiempo. Ángel guardián mi fiel escudero de otras conquistas ya tan lejanas apadrinadas con el fino acero de mi espada sultana, hechizo atrincherado por las esquinas de los débiles naufragios.

Guión de feria, mascara burlona y sarcástica boca engañosa, intención natural del paladar que rebosa su golosa virtud en las glándulas del más fiero león, escozor preñado de costras marcando piel por la mascota enjaulada de unos monos de circo, ráfaga de fuego, minutos sin rastro donde guarecer el saco ambulante de las almas vencidas.

Conciencia calculada al milímetro, guión sin cine de terror subido al pupitre de la pantalla gigante, ojos sin pupila vacíos de blanca espuma donde hallan tomar el té, el ideal de mi actor favorito.

Oquedad de mi garganta donde pasear los pies desnudos de mi laberinto musical y quiso contar en mi pentagrama sus historias tan inverosímiles dibujadas en el dorsal de mi espalda, gorila o caracol empeñado en reemprender su tortuoso camino hacia un bosque azul de otoñadas dimensiones, huella imperecedera, madre rigurosa, levadura contrayente de excusas continuas.

Candelaria Díaz

(SIN TÍTULO)

Arrópame madre que tengo en el viento a la raya del agua mi madre me arropa y la toca la luna que entiende los besos y aromas de aguas que rompe y alumbra.

Los golpes que dieron en la madrugada me dejaron el incierto sonido de algo que se va.

A B C con éstos te conté las letras azules de la quiniela estelar de las noches amargas y rotos cosidos con agallas de peces perdidos en los montes de abajo sin tener tiempo para nada.

Samarcanda cuadernos de una raya que gritan colores y ojean el trigo mañana tras mañana.

A E I O U quién has dicho que eres tú? Soy la dorada del mar y la tía de la vaca que muge en el alma y se oculta en las ramas más altas. Incorrecta mañana que perdió el paso y rodó por los surcos del agua de mayo. Agarrotada garganta que grita quiñones y aldeas mojadas de orines de reyes que perdieron los dientes en sendas batallas. Horrendas batallas que sacan la lengua al bolígrafo que traza la línea de los campos de la media callada que pega en la boca sangrando guirnal-das.

Cordón que ajusta el reloj en el camposanto del mañana. Las putas y los curas en el cielo y los políticos en el infierno ¡hija no blasfemes! ¡abuela que rico está el puchero!

Para bailar se esconde el dragón escarlata con dos patas de hojalata y garras de goma en el alto de gomorra.

Diablos de rayas en carreteras vagas de rojo y horas largas seres diminutos que juegan a correr en el alambre y se esconden en las pinzas de tender.

La Tierra se ríe ronca bosteza y se pone zapatos de fiesta.

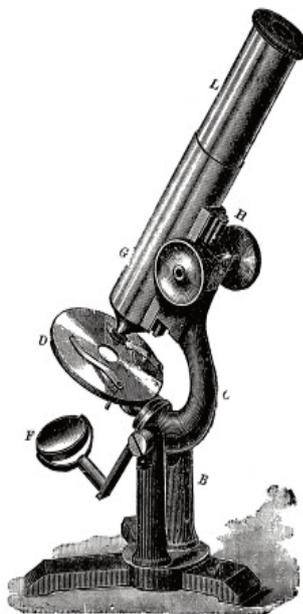
Poeta palabras redondas alas de arena montes y granitos blancos de estatuas parlantes.

Piel que atraviesan los sueños que cantan los niños en la guardería de risas blancas que acompañan al mañana de cuentos.

Joaquina Muñoz

LITERATURA MÍNIMA

¿Se pueden crear mundos con un puñado de palabras? Franz Kafka lo hizo, Ramón Gómez de la Serna también. Se trata de un ejercicio de precisión, de concisión. No existe nada superfluo. He aquí una serie de experimentos con los microrrelatos y las greguerías.



MICRORRELATOS

Joaquina Muñoz

Nada es verdad ni mentira

Cuando descubrieron el pecio, la historia se revolvió en los libros y las sirenas se hicieron humanas.

Sin sangre

Jamás morirá porque nunca ha vivido.

Terrible olvido

Siempre caminaba mirando al futuro y cuando miró hacia atrás todos le habían adelantado. Se olvidó de mirar al futuro y cuando llegó ya no quedaba nadie.

En el momento de la creación

...Y Dios dijo: hágase la luz. Y ahora los chinos la controlan.

Teresa González-Nicolás

Las vueltas que la vida te da

Tenía el fuego en las pupilas, los gritos le rompieron los tímpanos, vendió pañuelos, lavó coches, su casa era el universo, soñó con oro, y una mañana al llegar los servicios sociales con algo caliente, él ya estaba frío, muy frío.

El olivar, un sitio para soñar

Las salidas de sol eran muy bonitas desde el olivar, pero a los doce años solo se piensa en jugar, y un día quedó dormido, soñó que ganaba muchas canicas, cuando abrió los ojos tenía las manos frías, llenas de aceitunas recién cogidas.

Virtudes Torres

Pacto de sangre

De niños sellaron su amistad con un pacto de sangre. Ahora adultos en plena batalla eran soldados de bandos contrarios. Uno de los dos rompió ese pacto... también con sangre.

Sin llaves y a lo loco

De nuevo olvidé las llaves de casa. Dentro no quedaba nadie por lo que tendría que llamar a un cerrajero o esperar la llegada de mi marido. Marché al trabajo y dejé que pasara el tiempo. Cuando volví encontré la puerta abierta. Unos ladrones me habían desvalijado.

Juegos

Encontraron en el ático una tabla de ouija y se pusieron a jugar. No contaron con el jugador invisible y éste ganó la partida.

GREGUERÍAS

No amenaces a un sordo, será voz perdida.

Los caminos ¿adónde van? a ningún sitio, no se mueven.

La luna crece y mengua como el amor.

Para morir de amor hay que amar mucho mucho mucho, con un poquito menos vivirás más y mejor.

Una flor es algo que dejó de ser capullo.

Nieves López

Paró el reloj, pero no pudo parar el tiempo.

Las estrellas son las pavesas del sol.

Los aviones son pájaros con motor.

La luna es el queso de las estrellas.

Las tijeras son los monstruos de la tela.

Volvió sobre sus pasos pero no los encontró.

Los bolígrafos sobre un papel sufren de incontinencia.

Los pies tienen ojos durante la noche cuando a oscuras se calzan las zapatillas.

Los besos son bocados de aire.

Virtudes Torres

El humo negro del neumático quemado es un berrinche porque ya no puede rodar.

Dios aprieta pero no ahoga...para eso están las sogas.

Y dijo Dios...hágase la Tierra y los especuladores se la quitaron de las manos.

Cría cuervos y verás cuanto cagan.

El chorizo es una morcilla roja de vergüenza.

Para escapar de los paparazzi, la desnudez de la Luna se baña en el agua del pozo.

La sangre de los ríos desciende por las venas de las montañas...

Joaquina Muñoz

El derroche de un gandul es vivir holgadamente a costa de otros.

Estar entre rejas, no le impidió ser libre y todavía mejor el botín a buen recaudo.

El hombre que admira el arte, termina siendo anticuario de dinosaurios.

La letra X es la que mas aumenta las cifras.

Candelaria Díaz

La regla numerada es el terror de manos inocentes.

El pecado venial es el que te ata a un confesionario.

El río de aguas cristalinas es el réquiem de gatos inofensivos.

La ignorancia de antaño es el aprendiz sin honorarios.

La ilusión del jornalero: el eclipse de sol.

Un premio de la lotería es un trabajo asegurado.

Teresa González-Nicolás

Despacho de abogados.
Derecho Civil y de Empresa.
Separaciones y Divorcios. Laboral Concursal.



LEGALEX

GABINETE JURIDICO SLP

C/ Perez Galdós, 42 local 5
Tif.: 926 610 190
www.legalex.es • legalex@legalex.es



LA MEJOR SELECCIÓN DE CAFÉ Y TÉ

Café de Colombia, Brasil, Nicaragua, Guatemala, Blue Mountain de Jamaica,
Etiopía Moka, Descafeinado de Colombia
y las mejores combinaciones de Arábicas y Robustas de calidad

**LOS MEJORES TÉS DE TODOS LOS COLORES
Y SUS EXQUISITOS AROMAS Y SABORES**



VEN Y SABOREA TU BEBIDA PREDILECTA



Acércate y descubre nuestra gama de alimentos de cultivo ecológico para grandes y pequeños

Irene Montoya Sáenz MERCADO DE ABASTOS DE MANZANARES CASETA 11 TEL: 634913181

PATROCINA:



AYUNTAMIENTO DE MANZANARES
CONCEJALÍA DE BIENESTAR SOCIAL



centro de la
mujer
Castilla-La Mancha